

ARRUPE, HOMBRE DE UTOPIA**Cecil Mc Garry**

La utopía de Pedro Arrupe era clara, simple, nítida: la renovación de la Compañía de Jesús para que pudiera servir al mundo moderno con el vigor, coraje, generosidad e idealismo del Ignacio y sus primeros compañeros. Creía profundamente en el carisma ignaciano y soñaba con lo que éste podía realizar en el mundo actual si los jesuitas hoy pudieran reapropiárselo y reexpresarlo en términos de la realidad actual. Su mirada se dirigía a la Iglesia y al mundo; la Compañía de Jesús era sólo un instrumento, un regalo que Dios, en su amorosa providencia, había dado a la Iglesia en Ignacio, y que él podía renovar en nuestra época.

Un hombre de nuestro tiempo

No se podía escuchar durante mucho tiempo a Pedro Arrupe, ni leer sus escritos, sin verse sorprendido por el número de veces que habla de "hoy", se proyecta hacia "mañana", acepta el reto de los "nuevos tiempos" a los que nuestro mundo y nuestra civilización han llegado, habla de interpretar "los signos de los tiempos", reflexiona sobre la "crisis de nuestra sociedad", pero sin miedo, porque para él crisis significaba nuevas posibilidades de servicio.

Sus palabras rebosan serenidad, pero también desafío y urgencia. Los nuevos tiempos necesitan una nueva evangelización. Y, sin embargo, se puede afrontar el mundo en crisis con confianza, porque los signos de los tiempos son también las semillas de la palabra de Dios dirigida nueva a esta generación, y una palabra cargada ya de fruto.

En todo ello se mostró formado por Iñigo de Loyola, un hombre de Ejercicios Espirituales. Así como Ignacio tuvo una iluminación especial en el Cardoner, en la que experimentó "una grande claridad en el entendimiento", más en aquel momento que en "todo el discurso de su vida", creo que Pedro Arrupe también la tuvo. Su Cardoner fue, sin duda, la explosión atómica de Hiroshima el 6 de agosto de 1945. Aquí se reveló y se forjó su comprensión de la nueva era. Fue su creación de "dos banderas". Se refería a esta ocasión frecuentemente en sus charlas: "No es un recuerdo, es una experiencia perpetua, fuera de la historia... Ha permanecido clavada en mi mente,... No tiene relación con el tiempo, pertenece a la eternidad inmóvil... La explosión atómica es un símbolo de nuestra era. Expresa la esperanza y la angustia del hombre moderno... Tenemos que afrontar este problema fundamental de la Humanidad con un realismo total". Su comprensión del mundo moderno quedó clarificada por esa horrible experiencia, que le dejó una seguridad de intuición, una visión y un coraje que marcaría su vida a partir de ese momento. Las posibilidades del bien y del mal y de los nuevos tiempos se hicieron patentes y se comprometió a construir la civilización del amor. Había comenzado a pensar global e históricamente, viendo la historia entera como la historia y el lugar de la salvación, mucho antes de ser llamado a desempeñar un papel universal e histórico en la Iglesia como vigésimo octavo preposición general de la Compañía de Jesús, un cargo que desempeñó activamente durante más de dieciséis años. Si un profeta es alguien enviado a comunicar la palabra de Dios a una generación concreta, entonces Arrupe fue un profeta dado a la Compañía.

ña de Jesús actual. Su elección en mayo de 1965 fue sin duda un reconocimiento-esperanzado de su extraordinaria interpretación del carisma ignaciano y el mundo moderno, cualidades que podrían guiar a la orden en la nueva era que amanecía sobre nosotros, y renovar su servicio al mundo. La esperanza no se vio frustrada, como espero demostrarán esta páginas.

Imbuido del carisma ignaciano

Arrupe estaba convencido que en el centro del carisma ignaciano y de la Compañía de Jesús se encontraba la visión ignaciana de la "misión" en el mundo entero, de "servicio", de "ayudar a las ánimas". Encontramos testimonios de ello en casi todos sus escritos y, formal y explícitamente, en la conferencia que dio en una reunión internacional de Jesuitas en Loyola en septiembre de 1974.

Constantemente reiteró su convicción de que el cuarto voto especial "circa misiones" era el "primer principio y fundamento" de la Compañía.

Comprendió la misión y el servicio del mundo dondequiera que hubiera esperanza de "mayor gloria de Dios y bien de las ánimas", en la dinámica profunda del misticismo ignaciano trinitario, que había comprendido también en profundidad. El hizo su propio peregrinaje espiritual ignaciano "que conduce directamente a la Santísima Trinidad y que desciende de ella en servicio". Estaba convencido que este doble movimiento constituía el centro del carisma de la Compañía de Jesús: "sólo a la luz de la intimidad trinitaria de Ignacio puede comprenderse el carisma de la Compañía, y ser aceptado y vivido por cada jesuita". Porque "Ignacio va a pasar de la contemplación de la Trinidad a la contemplación de las obras de la Trinidad para, finalmente, aspirar a ser admitido a colaborar con esa acción de la Trinidad. Es una mística que le lleva a la acción". Esta acción era una participación en la misión de Cristo: "Una misión incondicional, universal,

en "kenosis" -que significa pobreza, humildad y cruz- y en continua unión con el Padre". Aquí expresa Arrupe cómo entendía la unidad del carisma jesuítico que consiste en compartir la unión del Hijo con el Padre y el Espíritu Santo en su misión salvífica en el mundo. La total disponibilidad del jesuita para la misión, concretada en el cuarto voto, se basa en el supremo ideal trinitario por el que las divinas personas se comunican plenamente, se aceptan plenamente, se enriquecen plenamente. Ignacio lo expresaba en la actividad humana como "buscar a Dios en todas las cosas" y Nadal lo describirá como la manera en la que un Jesuita debe vivir para ser "contemplativo en la acción", una frase que aplicaba al mismo San Ignacio.

Renovación del servicio de la Compañía de Jesús a la Iglesia y al mundo

El más profundo deseo de Pedro Arrupe fue el de cooperar en el trabajo de la Trinidad en sanar, inspirar y transformar el mundo y sus pueblos hasta que la fraternidad resultante fuera un reflejo del amor trinitario. Desde el comienzo de su generalato se esforzó con energía y entusiasmo en promover la renovación de la orden de acuerdo con este modelo. Su único deseo era volver a las fuentes originales de nuestra inspiración para contribuir a la renovación del mundo moderno en el espíritu de Cristo. Convencido de que todo en la vida y en las estructuras de la Compañía, todo en su más íntimo modo de proceder, estaba caracterizado por este propósito radicalmente apostólico, vio el camino que se debía seguir como una total renovación de la actividad misionera de la orden, inspirada por la herencia espiritual de San Ignacio. Estaba seguro de que un más profundo compromiso de servicio al mundo de acuerdo a las necesidades de nuestro tiempo, atraería a sus hombres a una vida más profunda de contemplación, y que esa verdadera contemplación ignaciana conduciría, a su vez, a una renovación apostólica.

Al año de su elección, inspirado por esta visión apostólica

de San Ignacio, encargó un estudio sociológico de toda la Compañía. Era una llamada a hacer un examen serio del contexto de las sociedades donde los jesuitas trabajaban, que pudieran proporcionar una base sólida para la evaluación de los ministerios tradicionales y para la elección de los nuevos, y así responder a las nuevas necesidades del momento. Era una iniciativa valiente, una acción programática en cierto modo, que pretendía hacer explícita y dar principio simultáneamente, a la visión ignaciana de "esta mínima Compañía de Jesús" al servicio de las mayores necesidades de la Iglesia y de la sociedad. Era perfectamente consciente de los riesgos, pero a veces es peor no intentar cambiar. Quizás el estudio se realizó demasiado pronto para cumplir sus objetivos con un éxito total. En ese tiempo no dominábamos las técnicas del análisis social (¿Las dominamos ahora?). Cualquiera que sea el juicio sobre la medida del éxito de la operación, sí sirvió para hacer consciente a la orden; nos desafió a examinar nuestro "modo de proceder", para dar así, por lo menos, un primer paso. El Padre Arrupe hizo públicas sus propias conclusiones sobre el estudio cuando finalizó en 1970, y más tarde el mismo año indicó que sus resultados serían utilizados para la preparación de la Congregación General XXXII, que anunció pero no convocó todavía. Al final de la Congregación de procuradores en septiembre de 1970, formuló algunas prioridades apostólicas claras para toda la orden, basadas en los resultados del estudio, que fueron luego adoptadas por la Congregación General XXXII.

Los desafíos que ofreció

Una mirada a su correspondencia, a los títulos de sus charlas, y a las reuniones que convocó durante los primeros diez años de su generalato, nos proporciona una clara indicación de su preocupación respecto a la renovación de los ministerios de la orden, para que pudiera servir mejor a la Iglesia y al mundo. En esos años se esforzó, a tiempo y a desatiempo, en compartir con sus hermanos jesuitas lo que firmemente creía que era el potencial

de la Compañía de Jesús para hacer presente a Cristo y sus valores en el mundo moderno. Durante sus numerosas visitas a las provincias de la orden este era su mensaje más urgente y más repetido. Con frecuencia, sin embargo, en aquellos turbulentos años después del Vaticano II, los jesuitas estaban preocupados únicamente de sus propias agendas. Así que les hablaba también de la crisis de nuestro tiempo, de su identidad de sacerdotes, religiosos y jesuitas en un esfuerzo para devolverles la confianza en su vocación en una época de tantas interpelaciones. Pero siempre los desafíos a salir de su introspección y a compartir su visión de las necesidades de un mundo, que se movía del secularismo al ateísmo o a la indiferencia religiosa. Debían aceptar el desafío de la misión encargada por el Papa a la Compañía de combatir el ateísmo. Les hablaba de un mundo desgarrado por la injusticia, de Cristo que continuaba su sufrimiento en los numerosos pobres y oprimidos y de cómo los jesuitas debían responder por medio de un apostolado social moderno. Desafío a renovar cada apostolado en el que los jesuitas se ocupaban, y especialmente el de la educación en el que la Compañía estaba tan fuertemente comprometida. Soñó, e intentó compartir su sueño, con el potencial de los antiguos alumnos de las instituciones educativas de la Compañía de Jesús de todo el mundo (más de un millón sólo en los Estados Unidos de América) para la renovación de la orden, si los jesuitas pudieran hacerles partícipes de la visión ignaciana. De esta manera la Compañía respondería también a la llamada del Vaticano II que tanto acentuaba la responsabilidad de los laicos en la misión de la Iglesia.

Durante estos años animó a sus súbditos a reconocer el poder y la eficacia de los medios de comunicación social, e instituyó un secretariado especial en su curia para fomentar la comprensión y el uso de esos medios en toda la orden. Animó a los editores de las revistas y periódicos de la Compañía, en una reunión en 1968 a aprender unos de otros y a ayudarse mutuamente a afrontar los problemas candentes del momento en las diferentes

partes del mundo.

Estructuras para la renovación

A pesar de ser indudablemente carismático, también conocía el valor de las estructuras. En sus primeros años de superior general instituyó en Roma secretariados para los apostolados educativos, social, misioneros y medios de comunicación, así como un centro para el estudio de la espiritualidad ignaciana, y nombró consejeros especiales para los temas de ateísmo, ecumenismo e Islam. Pidió que cada uno de estos tuviese su contrapartida en las provincias y regiones para que pudieran ser más efectivos en la animación de la Compañía entera. Estaba convencido de que la orden debía hacerse más flexible, si quería responder a las nuevas necesidades de la Iglesia y del mundo, y debía también mejorar mucho en cooperación entre las muchas jurisdicciones en las que está dividida. Impulsó la institución de conferencias de provinciales y superiores mayores y nunca se cansó de animar a un creciente trasvase de información y recursos para responder a las necesidades más urgentes. Recordó algo que los jesuitas habían tendido a olvidar durante los años de más estabilidad, insistiendo, especialmente a los jóvenes jesuitas, que habían entrado en la Compañía de Jesús en que su pertenencia a una jurisdicción particular no era más que un arreglo de conveniencia jurídica. Soñaba con hacer la orden más flexible y más dispuesta a responder a las necesidades urgentes que suceden de manera imprevista, como las catástrofes naturales. Ya en 1971 reunió a los superiores provinciales de todas la provincias de Europa para animarlos a prepararse conjuntamente para su misión en una futura Europa unida. En esto iba por delante de sus súbditos y constantemente tenía que recordarles su deber. Fomentó las reuniones internacionales y regionales de Jesuitas que trabajan en el mismo tipo de apostolado. De estas reuniones normalmente surgían comités coordinadores para intercambiar información y planificación. También cada año reunía a los presidentes de las conferencias de provinciales

para hacer crecer una visión y un impulso comunes a toda la orden.

Formación para los nuevos tiempos

Comprendió que, si los jóvenes jesuitas tenían que formarse para responder a las necesidades del mundo moderno, muchas cosas tenían que cambiar en su formación. Aproximadamente un año después de su elección convocó a representantes de la formación de toda la Compañía para que le ayudaran a reflexionar sobre lo que debía hacerse a este respecto. Durante los años siguientes la mayoría de las casas de estudio que estaban situadas en sitios tranquilos en el campo, aisladas de todo contacto humano y de los interrogantes y problemas de la vida normal, se trasladaron a las ciudades, a menudo junto a "campus" universitarios o en colaboración ecuménica, y sus residencias se situaron junto a la gente. Más tarde Arrupe hablaría de esta decisión como una de las más duras y, sin embargo, más significativas de aquellos años. Muchos jesuitas no la comprendieron y pensaban que estaba cediendo a las presiones de los más jóvenes. El y sus consejeros sabían que no y explicaban las razones de estas decisiones: si estos hombres tenían que evangelizar el mundo moderno, debían formarse en contacto con él, en contacto con sus preguntas y problemas, compartiendo tanto como fuera posible las vidas de aquellos a los que estaban llamados a servir. En 1967 hizo pública su carta sobre la formación de los jesuitas para el futuro, que fue de gran ayuda para aquellos que trabajaban en uno de los más difíciles ministerios de aquellos años. ¿Quién dudaría hoy que Arrupe leyó los signos de los tiempos correctamente y que actuó con visión profética y valentía?

Algún progreso pero profundidad insuficiente

En sus dos discursos a la congregación de procuradores de 1970 quiso hacer una valoración profunda y sincera de los cinco años anteriores. Reconoció las numerosas dificul-

tades, los errores y las confusiones, pero también los esfuerzos reales que la Compañía había hecho por abordar algunos de los desafíos del mundo moderno. Insistió, sin embargo, en que debíamos esforzarnos en conseguir un acercamiento más profundo para llegar a una mayor comprensión de las cuestiones que mueven el mundo, que necesita de la persona y del mensaje de Cristo para sanar. Para realizarlo los jesuitas necesitan una más profunda conversión de corazón y una inserción más intensa en el mundo para escucharlo más atentamente. Este es el juicio que hace en su discurso final a esa congregación, en el que invita a una más profunda y más amplia reflexión teológica (sin duda, una novedad en 1970) sobre los diferentes problemas humanos y religiosos de la Iglesia y del mundo. Esto es esencial si la Compañía ha de ser capaz de contribuir significativamente a su solución. Poco después escribió a toda la Compañía diciendo que veía la necesidad de una nueva Congregación General para profundizar y clarificar nuestro servicio apostólico en la Iglesia. En todo ello no estuvo nunca preocupado por la renovación de la orden en sí misma, o por su conservación y crecimiento, sino sólo por la necesidad que el mundo tiene de la persona de Cristo. Tres años después cuando, tras una larga y exhaustiva preparación, convocó la Congregación General XXXII, explicó que era para responder a "la necesidad de investigar, definir más cuidadosamente, y encontrar en lo concreto qué clase de servicio la Compañía debe ofrecer a la Iglesia en este tiempo de grandes cambios".

El carácter apostólico de la Compañía

Para Pedro Arrupe la renovación interior espiritual de los hombres individualmente y de toda la orden era inseparable de la renovación apostólica. A menudo hablaba de la necesidad de cada uno de comprometerse más profundamente con Cristo a través de una vida de oración, abnegación y de total disponibilidad. Sin embargo, no traicionaría el carisma jesuítico promoviendo una renovación espiritual, por así decirlo, aislada. "La renovación espiritual de

la Compañía debe tener como fin y como estímulo la renovación apostólica, la cual implica una renovación interior, a la vez personal y comunitaria". Estaba profundamente convencido del carácter apostólico de la oración del jesuita. En otro lugar cita el comentario de Nadal de la contemplación del nacimiento de Cristo: "*Nativitas Christi, egressus gratiae ad operationem unde oratio Societatis, ex qua extensio ad ministeria*".

La renovación espiritual de la Compañía era central en este sueño. Estaba convencido como Ignacio, de que son solamente los dones interiores los que hacen efectivos los medios exteriores que se usan para conseguir el bien que se pretende. Cuando se entiende la forma de pensar de Arrupe, se puede contemplar a través de sus escritos y charlas, cómo llegó lentamente a darse cuenta de las formas que la renovación espiritual debía tomar y cómo debería llevarse a cabo, sobre todo renovando el carácter apostólico de los votos de castidad, pobreza y obediencia, y de la comunidad jesuítica. Buscó y encontró la manera en la que el núcleo de la vida religiosa del jesuita podía y debía reexpresarse y vivirse hoy en modos que fueran verdaderamente ignacianos y verdaderamente al servicio de la Iglesia y de la sociedad humana.

La centralidad del discernimiento

Arrupe había entendido que "la maduración de Ignacio es fruto de la constante aplicación de uno de los más fundamentales principios de su modo de proceder: **el discernimiento**, practicado según el método que él mismo ha codificado en los Ejercicios, en Manresa, para conocer la voluntad divina". De acuerdo con los primeros testigos, el don del discernimiento fue el fruto principal de la iluminación del Cardoner, la mayor experiencia individual en la vida de Ignacio. Siempre entendió la iluminación de Ignacio en el Cardoner como una invitación de Dios a colaborar en la acción salvífica de la Santísima Trinidad en el mundo, que fue confirmada en "La Storta" con una

con una dimensión comunitaria y unida al nombre de Jesús, cuyo nombre tomaría la Compañía. Porque Ignacio comprendió que Dios Padre le había elegido a él y a sus compañeros como compañeros de Jesús. Arrupe también estaba convencido de la afirmación a menudo repetida por Nadal, de que los dones dado a Ignacio son dones dados a cada uno de los miembros de la orden.

Mientras Pedro Arrupe meditaba estas experiencias místicas de Ignacio, quedó sorprendido por la unanimidad del testimonio sobre su significado, de aquellos que conocieron bien a Ignacio. Supo que éste era también su significado actual para la orden. La mayor transformación de Ignacio tras el Cardoner fue que encontró una metodología para su progreso posterior. "Allí aprendió a discernir espíritus". "Aquella luz tenía que ver concretamente con distinguir el buen del mal espíritu". Arrupe comprendió que el discernimiento era central en el carisma ignaciano: porque Ignacio mismo percibió en ese momento su vocación apostólica claramente en cuanto llamada, pero sólo vagamente en cuanto a forma concreta. Aceptaba la opinión de Nadal para el que la experiencia de la Compañía refleja la de Ignacio y, por ello, que pertenece a la misma esencia de la vocación de la Compañía el compromiso al apostolado *sed indefinite*. Sabemos que Ignacio continuó practicando el discernimiento con sus compañeros en la fundación de la orden y en la redacción de las Constituciones, como se desprende con gran claridad del precioso fragmento del diario que ha llegado hasta nosotros (desde febrero 1544 hasta 1545). En las Constituciones nos da principios para el discernimiento constante de los ministerio de la Compañía tanto en su elección como en la forma de realizarlos. Insistiendo en la necesidad de la cuenta de conciencia al superior, institucionaliza otra forma de discernimiento apostólico, para que los superiores puedan proceder sin error al destinar los súbditos a las misiones y en la organización general del apostolado de la Compañía.

Como elemento central, pues, en su sueño de una orden

espiritualmente vigorosa y apostólicamente efectiva, Arrupe situaba la necesidad de empezar a practicar el discernimiento espiritual apostólico, individual y comunitariamente, como instrumento de entrega y de profunda unión con Dios en su acción salvífica en el mundo. El discernimiento es el medio de los jesuitas para convertirse en un instrumento que Dios puede manejar con eficacia en la misión de la Iglesia. El discernimiento podría renovar los aspectos proféticos del carisma ignaciano.

Fue en los años de preparación de la Congregación General XXXII, cuando Pedro Arrupe escribió una importante carta a toda la Compañía "Sobre el discernimiento espiritual y comunitario". Más adelante explicaría en pocas palabras lo que quería decir: "Se trata de llegar a ser hombres que educados mediante una larga y nunca finalizada experiencia del Señor, como Ignacio, estén permanente actitud de búsqueda y escucha del Señor, y adquieran cierta sobrenatural facilidad para percibir dónde está y dónde no está. Este rasgo es previo y fundamental a toda acción evangelizadora en lo que necesariamente tiene de profética. Sin él, dicha acción deja de ser auténtica y, en vez de construir la Iglesia y la Compañía, las destruye". De este breve resumen, de sus cartas, de otros textos escritos y de otras muchas charlas se desprende que aquí se encontraba el núcleo del sueño de Arrupe para una renovación apostólica y espiritual de la Compañía. La frase final de su carta de 1971 dice: "Espero que en todos se despertará el deseo de vivir este espíritu. Así nuestra vocación se revestirá de una luz más pura y tanto nuestras comunidades como la universal Compañía sentirán el aliento de un nuevo dinamismo, que será la mejor preparación de la futura Congregación General".

La práctica del discernimiento llevará al jesuita al fundamento de su vocación, porque en la experiencia de Dios que es esencial al discernimiento, se verá cautivado, como San Ignacio, por la misión de Cristo. Como Cristo el jesuita debe ser guiado por el Espíritu. Como resultado

de un buen discernimiento apostólico todo el cuerpo de la Compañía se renovará en su servicio a la Iglesia, bajo el Vicario de Cristo. Este es el mensaje de Arrupe sobre San Ignacio, en la homilía de su fiesta en 1975. Cuatro años más tarde, de nuevo en una homilía en el día de San Ignacio, dijo que unirse a la Compañía de Jesús hoy, no es dar tu nombre a una institución, sino dar a otros y junto a ellos, todo lo que tienes y eres para el servicio, un servicio que deber ser continuamente discernido día a día. El jesuita asume el discernimiento con su vocación si ha de ser un verdadero hijo de San Ignacio.

Desgraciadamente, a algunos su mensaje sobre el discernimiento no les pareció una vuelta a la fuentes, sino una traición a la obediencia jesuítica. Como aquellos que protestaban diciendo "nuestro padre es Abraham", reclamaron la paternidad de Ignacio. Arrupe se entristeció, pero no se desanimó. Continuó su trabajo de clarificación de la herencia espiritual de los jesuitas. Como Ezequiel, sabía que tenía que hablar "tanto si los hombres escuchan como si no".

Aprendiendo a ser amigos en el Señor

Se daba perfectamente cuenta que la práctica del discernimiento exigía una gran preparación humana y espiritual. Durante los años previos a la Congregación General XXXII reunió a los superiores provinciales en grupos para compartir su visión con ellos, y también para ayudarles a aprender las técnicas de comunicación humana y espiritual, así como a experimentarlas en profundidad. El discernimiento exige que podamos estar en contacto con nuestra más íntima experiencia humana y espiritual y que aprendamos también a comunicarla. Animó a sus superiores a trabajar intensamente en sus provincias proporcionando experiencias similares de comunicación interpersonal a sus súbditos, renovando su experiencia de los Ejercicios Espirituales por medio de retiros personalizados en los que pudieran tener un profundo y renovado encuentro con el Señor y

experiencias de discernimiento con la ayuda de un guía cualificado. También les insistió en la necesidad de tratar a sus súbditos como amigos en el Señor, lo que a su vez ayudaría a la renovación de la práctica de la cuenta de conciencia, tan fundamental para el discernimiento apostólico.

En esto también volvía a la primera tradición de la Compañía. La orden nació a partir del grupo del Ignacio y "sus nueve amigos en el Señor", como el mismo Ignacio los describía. El sueño de Arrupe era restituir este sentido de compañerismo y hermandad, modificando las más bien formales relaciones que a menudo han caracterizado las comunidades de jesuitas. Muchas veces recordaba la amistad que hubo en el origen de la Compañía y que "esta reciprocidad de afectos van más allá de cualquier vinculación jurídica y nos hace... un grupo compacto para la misión en el seno de la Iglesia, para un mejor servicio de los hombres". En todo ello vio el camino de una renovación apostólica del voto de castidad, que es un voto de amor, y de la vida comunitaria de la orden. La relación de un hombre con Cristo se profundiza inimaginablemente cuando busca la manera de servir como compañero suyo, estar con él en misión; y las comunidades retomarían la propia imagen de Ignacio de la Orden como compañeros reunidos alrededor del Señor para ser enviados a su viña en compañía.

Disponibilidad para la misión

La práctica del discernimiento fue también un modo de renovar el rasgo más característico de la Compañía, la obediencia en la misión. Arrupe lo expresaba en forma de un profundo espíritu de disponibilidad para la misión. Aquí el discernimiento y la obediencia se unen para renovar tanto al individuo como a la orden. Era una llamada a esa íntima libertad radical que sitúa a los jesuitas a disposición del Espíritu del Señor por medio de sus superiores. En tiempo de grandes cambios, Arrupe sabía que

si los superiores y los mismos súbditos no se abrían a esta disponibilidad para la misión como actitud permanente, todo el impulso y el valor de la obediencia jesuítica, especialmente en su dimensión mística de unión con Cristo enviado por el Padre, se perdería. La obediencia quedaría en pura forma y no sería esa disponibilidad para la misión que estaba claramente en la mente de San Ignacio, para quien una completa disposición para obedecer al Papa *circa misiones* era el primer y principal fundamento de la orden. A través del discernimiento y de un constante urgir a las comunidades a buscar juntos la voluntad de Dios, Arrupe soñaba con devolver a la orden ese espíritu de movilidad simbolizado en el cuarto voto. Sus ideas sobre este tema estaban muy claras: "Sin indiferencia y disponibilidad el discernimiento no es posible y sin discernimiento no es exigible la disponibilidad". Esta apertura a la voluntad de Dios "nos coloca entera y libremente en las manos del superior y convierte todo lo que hacemos en una experiencia espiritual".

Solidaridad con los pobres

Así como tenía la visión de renovar la obediencia jesuítica en términos del mundo moderno y en fidelidad al carisma original, también trató de renovar el voto y la práctica de la pobreza, un tema que le consternaba. "Creo firmemente que en cada nivel -personal, comunitario, institucional- la Compañía está en graves dificultades en lo que respecta a la práctica de la pobreza". Pero esto no puede ser sólo una actitud espiritual, debe vivirse en relación con el Cristo pobre en los innumerables pobres y desposeídos de nuestros tiempos. Los jesuitas deben aprender lo que significa su pobreza en el contacto con los pobres. Desarrolló este tema en muchos escritos a la Compañía y en un admirable discurso a los representantes de los religiosos y religiosas. Como respuesta a su propia pregunta: "Cuál es el mayor servicio que los religiosos pueden hacer hoy a la humanidad y a la Iglesia?", describía la sociedad de consumo del momento, y junto a ella, la

privación completa o indigencia de tantos. Después contaba: "El mayor servicio que los religiosos pueden ofrecer a la humanidad hoy es dar un testimonio irrefutable anticonsumista por medio de una vida que sea austera y frugal, ofreciendo al mundo en nuestra propia persona esa interpretación del Evangelio, auténtica y liberadora, por la que está suspirando". Pero ésto sólo no era suficiente, pedía una solidaridad efectiva con los pobres viviendo y trabajando directamente entre ellos, con ellos y por ellos, compartiendo su vida, sus necesidades y sus esperanzas. Los pobres nos llamarán a la conversión porque "a pesar de que frecuentemente no son creyentes tienen algo divino que decirnos a través de su sufrimiento, su opresión y su abandono". Descubriremos de nuevo el rostro de Cristo en los más pequeños.

Invitó a todos los jesuitas, sin importar su ministerio, a hacer una firme opción preferencial por los pobres. Estaba convencido de que en este asunto de la pobreza sólo podríamos aprender a renovar nuestras vidas "tomando como maestros a los pobres". A medida que pasó el tiempo desafió a los jesuitas cada vez más a irse a vivir entre los pobres por lo menos durante algún tiempo. Aquellos que oyeron su llamada saben que su visión es verdadera.

¿Cuánto se llevó a cabo de su utopía?

La magnitud de la utopía de Arrupe del servicio que una Compañía renovada podría prestar, se hace más evidente si nos fijamos en los títulos de sus charlas y cartas y en la relación de sus actividades durante los años de su generalato. Cada nuevo lugar que visitaba, cada persona con la que se encontraba, abría sus ojos y oídos a los sufrimientos, esperanzas y alegrías del mundo, porque sabía escuchar. Vivió cada experiencia profundamente y las revivió en la oración y el discernimiento, de tal manera que sus palabras nunca fueron superficiales y siempre tenían algo de divinas. Especialmente en sus charlas a los laicos se siente su profundamente intuitiva

comprensión del mundo moderno, y anhelaba intensamente que él y sus compañeros se dedicaran de corazón a sanar este planeta.

En su discurso final a la Congregación General de procuradores en 1978, Pedro Arrupe compartió con los congregados su evaluación de cómo la Compañía se había renovado para cumplir su misión sanadora. Era una valoración realista que dejaba claro cuánto camino tenía que recorrer la Compañía si quería ser verdaderamente un instrumento en las manos de Dios para continuar la acción salvífica de su Hijo en el mundo. Es un documento triste e inspirador al mismo tiempo. Inspirador porque continúa desafiando a sus hermanos a ir más allá de ellos mismos y de sus horizontes limitados a las alturas y allí respirar la vocación a la que están llamados individual y colectivamente. Triste, porque juzgaba que muchos no habían asumido la visión ni se habían abierto a la acción liberadora del Espíritu ni, por ello, a un mayor servicio.

Al final de su discurso oró de manera que mostraba lo que vivía como Superior General: "Dame lo que diste a los Profetas: que aunque mi ser pequeño proteste, me vea forzado a hablar por una presión soberana. Aquella palabra que venía de ellos, pero no había nacido de ellos, era una palabra tuya...".

Los miembros de la Congregación General que recibieron con tristeza su dimisión voluntaria vieron sus dieciocho años de generalato como "un tiempo especial de gracia e importancia en nuestra historia". Palabras sobrias pero sentidas genuina y profundamente. Añadieron que hay más necesidad ahora de poner en práctica lo que ya se les había pedido que de producir nuevos decretos. Se referían a la rica herencia de Pedro Arrupe. El único decreto importante que produjeron rebosa en lenguaje, tono, espíritu y contenido de los escritos de Arrupe y es un adecuado tributo por este tiempo de gracia especial, que todavía nos impulsa a mirar con amor, un amor que lleva

a los hechos, para sanar este planeta.

(De la revista **MANRESA**, Madrid, Nº 62, Abril-Junio 1990, págs. 119-132).

"Son tan grandes los pobres en la presencia divina, que principalmente para ellos fue enviado Jesucristo a la tierra: "para evangelizar a los pobres me ha enviado", y tanto los prefirió a los ricos, que quiso Jesucristo elegir a los pobres, y vivir y conversar con ellos, dejarlos por príncipes de su Iglesia, constituirlos por jueces sobre las doce tribus de Israel, es decir, de todos los fieles. Los pobres serán sus asesores. Tan excelso en su estado.

La amistad con los pobres nos hace amigos del Rey eterno. El amor de esa pobreza nos hace reyes aun en la tierra, y reyes no ya de la tierra, sino del cielo. Lo cual se ve, porque el reino de los cielos está prometido a los pobres, a los que padecen tribulaciones: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos", porque ya ahora tienen derecho al reino.

Y no sólo son reyes, más hacen participantes a los otros del reino: "Granjeaos amigos con esa riqueza de iniquidad, para que, cuando os venga a faltar, os reciban en las moradas eternas". Estos amigos son los pobres, por cuyos méritos entran los que les ayudan, en la gloria; éstos son aquellos pequeñitos de los cuales dice Cristo: "Cuando hicistéis con uno de estos mis hermanos más pequeñuelos, conmigo lo hicisteis".

SAN IGNACIO DE LOYOLA